

LAS PERIPECIAS DE UNA NUEVA EDICIÓN CRÍTICA DE *LOS MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA DE BERCEO*

Ian MICHAEL
Universidad de Oxford

A principios de la década de los ochenta, fue Alonso Zamora Vicente quien me animó a emprender la tarea de elaborar una nueva edición crítica de los *Milagros* de Berceo, a la luz de los recientes descubrimientos de varios fragmentos y anotaciones de la tradición manuscrita hechos por José Manuel Blecua e Isabel Uría Maqua entre 1975 y 1977. Aparte de las posibilidades de mejorar las lecturas establecidas en la antigua pero todavía muy servible edición de Antonio García Solalinde (publicada en Clásicos Castellanos en 1922), a través de la que varias generaciones de lectores habían disfrutado de la obra maestra del poeta riojano, me parecía asimismo urgente intentar corregir algunas de las más atrevidas reconstrucciones del texto llevadas a cabo por mi ex-compañero de curso de King's College de Londres, el malogrado Brian Dutton, en su edición publicada en Támesis en 1971.

Me propuse llevar a cabo un examen físico de todos los manuscritos y fragmentos hasta entonces aparecidos, y un cotejo detallado de ellos con las ediciones críticas de los *Milagros* publicadas por Solalinde y Dutton, tomando nota de los hábitos ortográficos de los varios escribas, estudiando las anotaciones marginales en los manuscritos, y marcando cualquier discrepancia de lectura en el ejemplar de uno u otro de los editores modernos, para estudiarlas con más tranquilidad ya de vuelta en Inglaterra.

Don Alonso, en su función en aquella sazón de Secretario Perpetuo de la Real Academia Española, muy amablemente me permitió cotejar, en la biblioteca de aquella augusta institución, el famoso Ms. 4, cuya primera parte, *E* (o el Ms. 4a) que contiene *La vida de Santo Domingo*, había ido a parar allí después de desmembrarse el códice en San Millán en 1736 (Marden, 1928, pág. 7). La segunda parte, 4b, contiene dos secciones más del mismo manuscrito que fueron encontradas por casualidad y por separado por el hispanista norteamericano C. Carroll Marden: la primera (A') la compró en primavera de 1925 a un librero de lance en Madrid que la había obtenido en Logroño (Marden, 1928, pág. 22); ésta contiene fragmentos de la *Vida de San Millán* y la *Vida de Santa Oria*, y los dos últimos *Milagros de Nuestra Señora*, «La iglesia robada» y «El milagro de Teófilo». La segunda sección, A», fue encontrada por Marden en Santo Domingo de la Calzada en 1928 (Marden, 1929, pág. 9), y contiene los primeros veintitrés *Milagros*.

En 1973-74, Isabel Uría Maqua localizó en La Rioja dos folios más que pertenecían al Ms. 4b de la Real Academia. No obstante, todavía faltan los folios que corresponden a la Introducción de los *Milagros* y tres folios sueltos más en el Ms. 4b. Este códice incompleto, hoy conocido como *F (in folio)*, escrito sobre pergamino por una sola mano en letra gótica castellana de principios del siglo XIV, representa el manuscrito más antiguo y el único medieval que conocemos de la obra de Berceo. El propio Carroll Marden publicó el contenido de sus descubrimientos en dos Anejos de la Real Academia: *Cuatro poemas de Berceo* (Anejo IX) en 1928, y *Veintitres Milagros* (Anejo X) en 1929. Con gran generosidad donó los dos fragmentos del Ms. *F* a la Real Academia.

Mientras me ponía a trabajar sobre el Ms. 4 en la biblioteca de la Academia en enero de 1981, no sólo tuve la ventaja de consultar frecuentemente con don Alonso, sino también con otros famosos académicos que entraban a consultar libros. Así fue que el llorado don Rafael Lapesa comentó el manuscrito conmigo, estando de acuerdo en que, aunque el copista del siglo XIV había prácticamente eliminado las formas riojanas del poeta y reflejaba más bien las prácticas de Castilla medio siglo después de la muerte de Gonzalo de Berceo, por lo menos su copia nos proporcionaba algunas indicaciones de la ortografía berceana: por ejemplo del uso de la *ç* y la *z*, la *x* y la *j*, o la *b* y la *v*, y de las abreviaturas de la época, mientras que era inevitable que las únicas otras copias de la obra de Berceo, llevadas a cabo en el monasterio de San Millán durante el siglo XVIII, demostraran alguna que otra tendencia a modernizar la ortografía y cambiar la representación de las abreviaturas.

Después de escribir al abad de Santo Domingo de Silos para pedir su permiso, regresé a España el 22 de mayo de aquel año para examinar el códice 93 (hoy Ms. 110), conservado en la biblioteca de dicho cenobio, que contiene la copia Ibarreta del Ms. **Q* de la obra berceana, perdido durante la desamortización de Mendizábal entre 1836 y 1841 —la misma suerte que sufrió el Ms. *F* hasta que Carroll Marden pudiera recuperar fragmentos del mismo en 1924 y 1928. El Ms. **Q* parece haber sido un manuscrito *in quarto*, seguramente escrito sobre pergamino, tal vez copiado en San Millán en vida de Gonzalo de Berceo. Lo conocemos gracias primero a la copia hecha por el Padre Diego Mecoleta, abad de San Millán entre 1737 y 1741, a instancias de uno de los bibliotecarios de la Real Biblioteca Pública, Tomás Iriarte. Esta copia la había encontrado José Manuel Blecua incluida en el Ms. 13.149 de la Biblioteca Nacional de Madrid en 1976; en segundo lugar, conocemos el Ms. **Q* por la copia llevada a cabo entre 1774 y 1777 por el Padre Domingo Ibarreta y sus monjes ayudantes para otro empleado de la Biblioteca Real, Tomás Antonio Sánchez, quien publicó la primera edición de los *Milagros* de Berceo en 1780, en el segundo tomo de su obra pionera titulada *Poetas castellanos anteriores al siglo XV*. Es esta última copia la que todos los editores desde Sánchez en adelante han utilizado como texto base para sus ediciones, puesto que en la mayoría de los casos no se habían enterado de la existencia de las copias de Mecoleta.

Armado con la carta de permiso del abad, me presenté en Santo Domingo de Silos el 23 de mayo de 1981, encontrando alojamiento por nueve días en el agradable parador colaborador del lugar, que, según más tarde averigüé, pertenecía a la abadía. El abad me recibió con gran cortesía, asignándome a un novicio norteamericano para acompañarme todos los días en el parlatorio mientras iba cotejando el famoso manuscrito: dos horas por las mañanas y hora y media por las tardes, por no estorbar los oficios reglamentarios de los monjes. Este ritmo pausado de trabajo me dio la oportunidad de explorar en mis horas libres aquel estrecho y fértil valle, donde la nueva transición democrática apenas había penetrado todavía. Cuando el amable matrimonio que regentaba el pequeño parador de ocho habitaciones me invitó a comer y cenar con la familia, siendo yo el único huésped, me preguntó si quería que se me trajera de Burgos un

periódico cada día. Desafortunadamente, metí la pata algo al pedirles, como madrileño adoptivo que yo era, *EL PAIS*. Me contestaron que los monjes no querían que se trajeran diarios rojos, y tendría que escoger entre *Arriba*, *Ya* o *ABC*. Opté por el último.

Puesto que tuve que salir de la abadía antes de la hora de la Víspera, bajo la dorada luz de la tarde solía subir las abruptas cuestas y sentarme en la dehesa alta, desde donde podía observar a la comunidad religiosa formar su peculiar tertulia ambulante preprandial en forma de cuadrado en el claustro. Ahí arriba, en el aire más fresco de la pradera, charlaba y fumaba pitillos con los pastores, que me contaban en su castellano muy castizo los ataques de las «gulpejas» a sus rebaños y otros incidentes de su vida pastoril. Antes de cenar a las nueve y media, solía entrar en el único bar del lugar donde era objeto de mucha curiosidad. Al explicarles a los aldeanos lo que hacía allí e ir ganando confianza con ellos, casi todos por cierto labradores del campo, muchos de ellos en las labranzas del monasterio, empezaban poco a poco a revelar su descontento con su pobreza y sus sentimientos antimonacales, hasta tal punto que uno de ellos, que atendía al gallinero del monasterio, intentó venderme su hija de cuatro años que llevaba a hombros por 25.000 pesetas, para llevarla a Inglaterra a educarse.

En la hora del anochecer cuando las mujeres bajaban las cabras desde las dehesas para encerrarlas hasta el otro día, a causa de la falta completa de alumbrado público el lugar parecía volver a un estilo de vida propio del siglo XV. No vi jamás a ningún guardia civil ni agente de policía, pero un hombre mejor vestido y más culto que los demás solía ponerse a mi lado de vez en cuando en el bar para charlar. Una noche éste me invitó a acompañarle a otro bar que decía que había en la otra ribera del río, detrás del monasterio, y de cuya existencia no me había enterado hasta entonces. Después que cruzamos a la luz de una endeble linterna, casi a tientas, el ruidoso caz del molino de los monjes, dejando al lado los viveros de peces que éstos mantenían en el borde del río, entre las tinieblas vislumbré una casa «apartada, medio caída», y sin luz alguna. Mi guía llamó a la puerta oscura con mucha confianza y después de un rato una mujer cuarentona, vestida de una bata de diseño floral desvanecido, y maquillada con un pelín de chori de más, nos entreabrió la puerta, y al reconocer a mi guía, nos llevó a un cuarto calentado por una chimenea de leña, donde ella despachaba licores a un reducido grupo de viajeros, que resultaron estar alojados allí. Cuando pregunté la mañana siguiente a mis anfitriones sobre la profesión de mi cicerone de la noche anterior, me revelaron que era el agente de la policía secreta de la región. De esta suerte suelen salir las aventuras de los críticos textuales cuando van en búsqueda de sus manuscritos.

La revelación que me proporcionó el códice de Ibarreta fue observar los cambios de mano en él, con hábitos algo distintos entre los tres copistas: por ejemplo en la manera de representar la doble *ss* alta que casi parecía una *x* separada en algunos casos —la doble *ss* en formas como *disso* por *dixo* que se consideran típicas del riojano—; o la forma abreviada de la conjunción *que* sin la *u* o un tilde (*qe*), que Dutton adoptó en todas sus ediciones de las obras de Berceo, en mi opinión erróneamente.

Después de aquella visita a Silos, sólo me quedaban por examinar en el verano de 1981 las copias hechas por el P. Diego Mecolaeta, conservadas al parecer en la Biblioteca Nacional. Antes, a sugerencia de nuestro llorado Joan Gili, el célebre bibliófilo, librero y editor de Dolphin Books, visité la Biblioteca Particular de Bartolomé March en la madrileña calle de Miguel Ángel para examinar los papeles de Iriarte, los cuales Gili había vendido por lo privado a don Bartolomé después de pujar por ellos en una de las subastas de los restos de la Biblioteca de sir Thomas Phillips en Londres unos años antes. Gracias a la amabilidad de la bibliotecaria, la Sra. de Vives, pude examinar los tomos de papeles varios, donde encontré algunas copias incompletas de obras medievales conservadas o en El Escorial, o en otros monasterios en el

siglo XVIII, incluyendo el de San Millán, entre ellas la copia de la *Vida de Santa Oria* en su totalidad hecha por el Padre Mecolaeta para Tomás Iriarte. De este descubrimiento informé en seguida a Isabel Uría Maqua, puesto que sabía a través de doña Amparo Soler que tenía en prensa su edición de aquel texto para Clásicos Castalia.

Sin embargo, no encontré entre los papeles de Iriarte más trozos de la copia Mecolaeta de los *Milagros* como los que Blecua había encontrado en la Biblioteca Nacional. Al cotejar éstos quedé convencido de que a veces las lecturas del Ms. *Q hechas por Mecolaeta eran superiores a las del Ms. de Ibarreta; además el Ms. de la Biblioteca Nacional contenía la copia de la Introducción de los *Milagros* que Mecolaeta había sacado del Ms. F y que faltaba en el Ms 4 de la Real Academia.

Al regresar a Southampton armado con todos estos cotejos y nuevos datos, me puse a elaborar el texto de una nueva edición crítica. No obstante, en aquel momento me encontré en la situación de una inminente mudanza a Oxford para ocupar la cátedra Alfonso XIII, a la que había sido elegido por una comisión de electores que incluía a don Alonso Zamora Vicente. Las complicaciones profesionales y familiares de este cambio de carrera y la necesidad de preparar nuevas conferencias para los alumnos de Oxford para el curso de 1982-83, me costaron muchísimo tiempo apartado de la investigación. Afortunadamente, con la valiosa ayuda de mi colega Fred Hodcroft, conseguí terminar el primer borrador del nuevo texto crítico provisional hacia finales de 1984 para enseñarlo a doña Amparo Soler y don Federico Ibáñez Soler, que me ofrecieron en 1985 un contrato para publicar la nueva edición en Clásicos Castalia.

Mientras tanto don Alonso me había regalado las hojas sueltas de la edición facsímil en color del Ms. 4 de la Real Academia, publicada en 1983, que incluía todos los folios hasta entonces recuperados, para facilitar mis estudios. Además conseguí microfilmes de la Biblioteca Nacional de las copias y notas del P. Mecolaeta. No obstante, mis primeros intentos de proseguir con el aparato crítico del texto de mi nueva edición iban complicándose con la publicación en 1984 en Logroño de la nueva edición de Claudio García Turza, quien había hecho un estudio del Ms 1.533 de la Biblioteca Nacional y la tradición manuscrita de Berceo que apareció en 1979. Ya en 1980 Antonio Narbona había publicado una nueva edición de los *Milagros* en Alce, y en 1983 Vicente Beltrán una edición popular en Planeta. Ahora no era cuestión sólo de advertir a las lecturas de las copias manuscritas existentes y las enmiendas de ellas en las ediciones de Sánchez, Solalinde y Dutton. Un año después apareció la edición de Michael Gerli en Cátedra (1985). Y así sucesivamente: tres nuevas ediciones en 1986, de Juan Manuel Rozas en Plaza y Janés, de Joël Saugnieux en Everest, y de Jesús Montoya en la Universidad de Granada; una edición de Juan Manuel Cacho Blecua en Clásicos Castellanos en 1991; segunda edición de García Turza, con un estudio de Isabel Uría, publicada por Espasa-Calpe y el Gobierno de la Rioja en 1992; hasta la nueva edición crítica de Fernando Baños en Crítica en 1997.

Aparte de estas complicaciones producidas por la plétora de nuevas ediciones de los *Milagros*, los deberes de la Cátedra del Rey Alfonso XIII no resultaron precisamente como se me habían representado en primera instancia. Ordenado por el rector de la Universidad, que era un químico muy inteligente y amable, a reformar los métodos de enseñanza del español en la subfacultad para mejorar el nivel de hablar y escribir el idioma por parte de los alumnos, —noble misión que jamás he conseguido llevar a cabo—, en mi inocencia pensaba que los demás deberes de dar treinta y seis conferencias en la Institución Tayloriana cada año, y dirigir el programa doctoral al presidir el seminario de investigación con los posgraduados cada semana, me dejarían mucho más tiempo para terminar la edición de los *Milagros* del que habría tenido si me hubiera quedado en la Universidad de Southampton.

Todo lo contrario. A diferencia de mi predecesor, sir Peter Russell, que ocupó la cátedra de 1953 a 1981, es decir principalmente durante los últimos veinticinco años de la época franquista, me encontré involucrado en un continuo ajeteo de diplomacia con la embajada de España en Londres, el antiguo Instituto de España, y los Ministerios de Asuntos Exteriores y de Educación en Madrid durante todo el periodo del gobierno socialista. Primero el rector de Exeter College, el lord Crowther-Hunt, luego el muy activo y excelente embajador don José Joaquín Puig de la Bellacasa, y algo más tarde don Eduardo Garrigues, el infatigable consejero cultural, estábamos envueltos en una colaboración para crear un nuevo puesto de profesor investigador en literatura moderna española en Exeter College, promover la organización de la visita oficial de SSMM los Reyes de España a Inglaterra en la primavera de 1986, durante la que pasarían un día en Oxford, y tres años más tarde organizar la visita de SM la Reina doña Sofía a la Universidad cuando iba a recibir un doctorado en derecho civil por decreto de la Universidad e inaugurar en Exeter College el puesto que iba a llevar su nombre.

Aparte de estos trámites, tuve que ayudar en la creación de dos puestos más, el «lectorat» en catalán de la Generalitat de Cataluña, y el lectorado en gallego de la Xunta de Galicia, con las visitas de Jordi Pujol y Manuel Fraga Iribarne en 1989 y 1990 respectivamente. Un año después fui elegido presidente de la Asociación de Hispanistas de Gran Bretaña e Irlanda por dos años, tocándome organizar y presidir el primer congreso de la Asociación celebrado en Irlanda del Norte, en un Belfast armado hasta los dientes, y en 1992 el primer Congreso Anglo-Hispano en Huelva para celebrar el Quinto Centenario del Descubrimiento de América con la ayuda de la Comisión y los ministerios en Madrid, y la colaboración del Consejo Británico.

Estos deberes de representar a la Universidad de Oxford en el ámbito nacional e internacional desde luego no cesaron después del *annus mirabilis* del Quinto Centenario. En 1993 fui nombrado primer catedrático visitante de la Fundación Hispano-Británica en la Universidad Complutense, en el Departamento de Filología Española II regentado por mi buen amigo Nicasio Salvador Miguel. Entre enero y junio de 1994 dirigí allí una serie de seminarios para los estudiantes posgraduados sobre la *Celestina*, y para la Fundación pronuncié cinco conferencias públicas sobre el coleccionismo de libros en España y la historia de sus bibliotecas reales, públicas y privadas en la Complutense, la Biblioteca Nacional y la FUE. Además proseguí con una estrecha colaboración con la Dra. María Luisa López-Vidriero y su brillante equipo de la Real Biblioteca en la catalogación de la correspondencia doméstica del primer conde de Gondomar conservada en Palacio. Participé también con doña María Luisa, don Pedro Cátedra y don Fernando Bouza Álvarez en la organización de tres simposios sobre la historia del libro español en El Escorial, en el Patrimonio Nacional, y en el Instituto Cervantes de Londres.

A medida que aparecían nuevas ediciones de los *Milagros* de Berceo durante aquellos años, los estudios sobre la figura de la Virgen María, la Mariología, y los milagros atribuidos a Su intervención, también se habían multiplicado. Cuando empecé mi edición, me encontré con una enorme bibliografía sobre la Virgen María: en los antiguos ficheros de la Sala de Lectores de la Biblioteca Nacional, calculé que había tres veces más de fichas referentes a la Madre de Dios que las que trataban de Jesu Christo. Aparte de los muchos estudios sobre las colecciones de los *Miracula* en latín, en realidad los estudios útiles y no sencillamente piadosos fueron el capítulo de sir Richard Southern en su *The Making of the Middle Ages* (Londres 1953), y el extenso estudio de su alumna, Sor Benedicta Ward, *Miracles and the Medieval Mind* (Londres, 1982). Sobre la historia de doctrina existía el importante análisis de Hilda Graef, *Mary: a History of Doctrine and Devotion*, aparecido en dos partes en 1963 y 1965, y luego en una edición unificada en Londres en 1985. Y sobre la figura de la Virgen existía el excelente estudio de

Marina Warner, *Alone of All Her Sex* (Londres 1976), traducido en castellano por Taurus en 1991 y titulado *Tú sola entre las mujeres (El mito y el culto de la Virgen María)*.

Otro desarrollo muy importante se ha llevado a cabo en nuestra visión de Gonzalo de Berceo. La aceptación al pie de la letra por parte de Brian Dutton en 1960 de la afirmación de que Gonzalo fue criado en San Millán, siendo después notario del abad Johan Sánchez, contenida en la última estrofa (2639) del Ms P del *Libro de Alexandre* —estrofa probablemente falsa, añadida por un copista en San Millán en el siglo XV,— ha tenido demasiada fortuna en la crítica de muchos especialistas españoles, puesto que no ha aparecido, que yo sepa, ninguna prueba documental de aquella crianza ni supuesta carrera legal del poeta, y hay que descartarla, así como la atribución al clérigo riojano de la autoría del *Alexandre*.

Asimismo, la segunda hipótesis de Brian Dutton en 1973 al tenor de que el poeta riojano había estudiado entre 1222 y 1227 en el *studium generale* establecido en Palencia, que en realidad duró muy pocos años, y de que fue allí donde adquirió el título de maestro y aprendió la nueva versificación del *mester de clerecía*, está asimismo falta de documentación alguna. Ambas hipótesis fueron rechazadas por Francisco Rico en 1985 y por mí independientemente, y la primera fue igualmente denegada por Isabel Uría Maqua en su *Panorama crítico del «Mester de clerecía»* publicado por Castalia en 2000. No obstante, tanto la supuesta educación en Palencia como la infundada condición de notario de Gonzalo de Berceo continuamente resurgen en los estudios críticos. Sorprende que Isabel Uría siga aceptando la hipótesis palentina tanto para la educación de Gonzalo de Berceo como para la composición del *Libro de Alexandre*, que considera resultado de una colaboración entre 1217 y 1227 de «un equipo de escolares, expertos en la versificación a sílabas contadas y bien entrenados en las artes del *trivium* y en el nuevo sistema de escritura» (obra citada, págs. 194 y 198), y que crea «que Berceo colaboró en la redacción» (pág. 193). Me parece que la idea de un equipo de creación literaria existente en Palencia en la segunda década del siglo XIII nos lleva a la incredulidad total, puesto que no conocemos ningún otro poema medieval escrito por ningún tipo de equipo. Hay que insistir en que no existe ninguna documentación que apoye estas hipótesis, que en mi opinión no están bien planteadas.

Otra visión de Gonzalo más segura y verosímil nos proporciona Pedro Cátedra en la breve introducción de su edición del *Sacrificio de la Misa* de 1992: visión de un joven diácono, educado en su propia diócesis calagurritana, que servía a Juan Pérez, obispo de Calahorra, concretamente entre marzo y agosto de 1228, a quien ayudaba a imponer la reforma eclesiástica promulgada por el IV Concilio de Letrán. Es muy probable que este obispo lo ordenase sacerdote, y que don Gonzalo participara en las negociaciones con el nuncio papal, y no es imposible que visitara Roma. Como apunta el profesor Cátedra, así se explica la marcada dimensión catequística de todos sus poemas, que escribió en una etapa más avanzada de su vida en la parroquia de Berceo donde sirvió con su hermano, según la documentación. Esta importante corrección, basada en documentos, de la antigua mal fundada biografía de Gonzalo, nos lo presenta de manera muy distinta, como un reformador eclesiástico que destinaba sus obras compuestas en el vernáculo a sacerdotes y religiosos ignorantes, más bien que al pueblo. Lejos de pasar toda su vida dentro del claustro de San Millán de Suso, hizo un servicio activo en toda el área de la diócesis de Calahorra, más tarde escribiendo sus poemas sentado en el *portalejo* de la casa parroquial de Berceo.

Aparte de este importantísimo avance en nuestros conocimientos de la vida del poeta y sus intenciones reformistas, también han salido a la luz varias láminas de las colecciones francesas de milagros de la Virgen antes desconocidas, como los de un manuscrito del siglo XIII de la colección de Coinci conservado en el Museo del Ermitage de San Petersburgo, y otros manus-

critos de la misma obra conservados en bibliotecas provinciales de Francia, que nos proponemos utilizar en la nueva edición en Clásicos Castalia.

Después de una intervención quirúrgica en marzo de 1997 para quitarme una trombosis arterial en la pierna ocurrida en un viaje aéreo, que me impidió andar bien durante algún tiempo, me desesperaba del panorama que se me avecinaba de estudiar todas las nuevas ediciones y estudios aparecidos sobre los *Milagros* para terminar la edición. Afortunadamente en diciembre de 1998 me invitó la Facultad de Filología de la Universidad Central de Barcelona a presidir el tribunal del doctorado de Juan Carlos Bayo Julve sobre la versificación del *Poema de Mio Cid*. Estuve acompañado en el tribunal en mayo de 1999 por doña María Eukene Lacarra de la Universidad del País Vasco, entre otros. Los dos nos quedamos profundamente impresionados por la excelencia de la tesis, los amplios conocimientos del candidato, y la habilidad, la valentía y la brillantez con las que defendía su tesis. Me resolví a ayudarle si la oportunidad se me presentaba más adelante y, cuando me nombraron decano de la facultad oxoniense por dos años en enero de 1999, pedí un ayudante de investigación, que me concedieron desde septiembre de aquel año hasta diciembre de 2000. Así pues, con el nombramiento del Dr. Bayo contaba con la ayuda de un experto en lingüística general, filología medieval y versificación hispánica, y los trabajos sobre la nueva edición de los *Milagros* se reanudaron.

Durante el periodo en que serví de decano, cuando sufrí dos operaciones ortopédicas graves por un accidente en la rodilla, Juan Carlos Bayo revisó el texto crítico que yo había realizado, en el que discutimos y modificamos algunas lecturas. Ha sido él quien ha preparado el borrador del aparato crítico, las notas explicativas, el glosario y las secciones de la Introducción que tratan de la versificación, ecdótica y lengua del poema berceano. Si el 95% del texto crítico es mío, el 95% del *apparatus criticus* es suyo, a la vez que compartimos la Introducción y Bibliografía; por ello vamos a publicar la edición con la firma de nosotros dos. La demora de dieciséis años en cumplir el contrato con la Editorial Castalia, de la que pido disculpas vivamente sentidas a don Alonso, ahora co-director de la serie, y a don Federico Ibáñez Soler, no está exenta de ventajas: al salir a la zaga de una serie de ediciones, algunas importantes, otras no tanto, la nueva tendrá mejor posibilidad de conseguir una posición más perdurable que ellas, a la manera de la edición del *Poema de Fernán González*, que don Alonso Zamora Vicente publicó en Clásicos Castellanos en 1946, y que todavía utilizamos con los estudiantes en nuestras clases hoy en día.

En recuerdo de los valiosos consejos que recibí de doña María Josefa Canellada durante mis visitas a la biblioteca privada que ella y don Alonso mantenían en los elegantes aposentos asignados al Secretario Perpetuo en lo alto del imponente edificio de la Real Academia, llenos siempre de luz y alegría, y de la calurosa hospitalidad que siempre me ofrecía allí la esposa de don Alonso, como una segunda madre, espero que se nos permita incluir una dedicatoria a la memoria de aquella gran filóloga e inspiradora de esta nueva edición.